

MANFREDO, POEMA DRAMÁTICO DE LORD BYRON, TRADUCIDO EN VERSO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS AL CASTELLANO POR DON JOSÉ ALCALA GALIANO Y FERNANDEZ DE LAS PEÑAS.—MADRID, 1861.

La lengua y la literatura inglesas son mucho menos conocidas en España y en toda Europa que las de los franceses, nuestros vecinos. Entre España é Inglaterra hay cortísimo comercio de ideas. En aquella isla miran nuestro moderno desenvolvimiento intelectual con un profundo é injustísimo desden, que en España les pagáramos con usura, si por medio de las traducciones y de los encomios que hacen de los libros ingleses los críticos y literatos franceses no se hubieran popularizado entre nosotros algunos autores de primer orden.

Walter Scott, Gibbon y el mismo lord Byron, son tal vez los tres autores ingleses modernos que más se leen en España: pero se leen en francés, y más comunmente traducidos al castellano de alguna traduccion francesa; de suerte que la hermosura de la forma y la elegancia y el brío de la dición, que en la poesía, sobre todo, importan muchísimo, no pueden ser apreciados.

Nuestra lengua, por otra parte, á pesar de su sono-

ridad, magnificencia y riqueza, es poco flexible, consta de palabras muy largas las más, y se presta difícilmente á traducciones fieles en verso. Nuestras traducciones de los poetas extranjeros suelen ser ó prosáicas y sin el espíritu poético del original, ó paráfrasis é imitaciones amplificadas mas bien que traducciones.

Pocos, muy pocos traductores de poetas extranjeros han tenido buen éxito en España, y bien se puede afirmar que el *Aminta* de Tasso, traduccion de Jáuregui, es aún el más bello modelo de traduccion que poseemos. Nuestros traductores de poetas griegos valen poquísimo, salvo Hermsilla, cuya *Iliada*, por más que digan sus detractores que no la han leído, es obra muy estimable, superior á la inglesa de Pope y á todas las francesas, é inferior sólo á la alemana de Voss y á la italiana de Monti. De poetas latinos hemos tenido algunos regulares traductores. Horacio ha hallado en Búrgos un digno intérprete, y las Eglogas de Virgilio, de Nemesiano y de Calpurnio, en D. Juan Gualberto Gonzalez. Pero de los demás poetas latinos, ni aun de aquellos que por ser españoles nos pertenecen y nos honran, tenemos una tolerable traduccion. Lucano, Silio Itálico, Séneca, Marcial y Prudencio, no han hallado quien los traslade de un modo digno á nuestra lengua vernácula. La misma *Eneida*, tan admirada de nuestros clasicistas, no puede leerse en castellano, si bien tenemos la esperanza de que el Sr. Ventura de la Vega termine la bellísima traduccion que de ella está haciendo.

Si de los poetas latinos y griegos hay tan poco bien

traducido, no es de maravillar que de las modernas literaturas haya menos y peor traducido aún, salvo raras y honrosas excepciones, entre las cuales conviene enumerar *La Campana* de Schiller por el Sr. Hartzenbusch, el *Macbeth* de Shakspeare por Villalta, *La Jerusalem* del Tasso por Pezuela y algunas canciones de Heine perfectamente traducidas por D. Eulogio Florentino Sanz.

En vista, pues, de las pocas traducciones buenas en verso, que posee nuestra lengua, nos parece que es empresa digna de todo aplauso y muy útil la del que hace alguna de estas traducciones, sobre todo de lenguas tan enérgicas y concisas como la inglesa.

Las razones que dejamos apuntadas nos predisponen á mirar desde luego con benevolencia el trabajo que el Sr. D. José Alcalá Galiano acaba de dar á la estampa; la traduccion, en nuestro entender bastante exacta, del *Manfredo* de Byron. Los cortos años del traductor se alegan aquí como mérito, mas no como disculpa, porque no la necesita. Todos los defectos que en esta traduccion pueden hallarse, se hallan tambien en otras traducciones del inglés, en verso, hechas por autores de nota y muy celebradas. Las de Villalta, quien no sólo tradujo el *Macbeth*, sino asimismo gran parte del *Otelo*, adolecen de cierta extrañeza exótica, imprescindible si ha de conservarse la índole del original; las traducciones de *El paraíso perdido* de Milton por Escoiquiz y Jovellanos, son frias y prosáicas, la primera principalmente; el célebre ditirambo de Dryden, que puso en verso D. Eugenio de Tapia, es

una larga paráfrasis; y hasta la bellísima traduccion que hizo de *El cementerio de la aldea* de Gray el señor Hevia, es tambien algo difusa. Todo lo cual demuestra á las claras que traducir poesia del inglés al castellano es harto difícil, y que es imposible á veces, cuando se pretende hacerlo con sujecion perfecta al original y por no menos conciso estilo. Esta dificultad y aun esta imposibilidad suben de punto, como observa muy bien el Sr. D. Antonio Alcalá Galiano (en un breve prólogo que autoriza el primer trabajo que de su nieto ha visto en un tomo la luz pública, y de que vamos á hablar), si el poeta inglés que se traduce no es de los latinizados como Dryden, Pope y aun el mismo Milton, sino de aquellos en quienes predomina más el carácter peculiar de la lengua inglesa, como Coleridge, Shelley ó Byron.

La eleccion del poema más extraño y más desesperado de este último poeta se explica fácilmente. El *Manfredo* es tal vez de todas las obras de Byron la que más hiere la imaginacion de la gente jóven. La melancolía tenebrosa y los ideales y metafísicos padecimientos del héroe enamoran y seducen á quien empieza á vivir, cuyos arranques de entusiasmo y de ternura producen con facilidad reacciones contrarias, las cuales hasta cierto punto se igualan ó se asemejan á los sentimientos de *Manfredo*. Pero sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que el *Manfredo* es un poema que apasiona á la gente jóven, y quien escribe este artículo recuerda muy bien que, cuando se contaba en dicho número, empezó tambien á traducirle en ver-

so, y gustaba más de él de lo que gusta en el día.

Byron, como Dante, como Shakspeare y como nuestros gloriosos dramáticos, en quienes á vueltas de calidades extraordinarias, cuyo conjunto se designa con el moderno vocablo de *genio*, hay y no puede negarse que hay singularidades, extravagancias y hasta gravísimos defectos, padece y tiene que padecer frecuentes perturbaciones en su fama, y eclipses, aunque siempre parciales. Los aficionados á cierto orden y á las reglas antiguas, aprueban ó disimulan con dificultad los extravíos de estos eminentes poetas, y suelen menospreciarlos, haciendo á veces que predomine su opinion entre el vulgo.

Por los años de 1818 eran aún tan poco estimados en España nuestros dramáticos del siglo xvii, que el señor Böhl de Faber, un alemán, hubo de defenderlos contra las acusaciones de nuestros críticos españoles. De Shakspeare es sabido lo poco favorablemente que Moratin opinaba. Del mismo Byron, decia el sábio y respetable D. Alberto Lista, que no era más que un loco. Pero nosotros esperamos que los adelantos hechos por la crítica en nuestros días, y el fundamento sólido y filosófico en que ha venido á apoyarse, gracias á la estética, que puede llamarse una ciencia nueva, no consentirán en lo futuro tal divergencia de opiniones. Las exageradas alabanzas de los entusiastas de Byron y las crueles censuras de sus detractores, vendrán á coincidir en un justo medio, quedando siempre el ilustre lord como uno de los más grandes poetas de nuestro siglo; poeta que, á pesar de sus rarezas, no reco-

noce, á nuestro ver, superior entre sus coetáneos, salvo en Goethe, Schiller y Leopardi.

De todos los poemas de Byron, tal vez el más raro sea el *Manfredo*. El autor mismo lo dice en sus cartas á Murray, y no sabe qué augurar del éxito de una composicion tan extraña. El *Manfredo*, sin embargo, no puede presumir de muy original. Las bellas descripciones que en él hay están tomadas directamente de la sublime naturaleza de los Alpes; pero la accion y el pensamiento tienen del *Fausto* de Marlow, del *Fausto* de Goethe, y del *Prometeo encadenado* de Esquilo, hábil aunque extrañamente combinado todo. Sobre el pensamiento y la accion del drama está el carácter del protagonista, personaje que con más ó menos dosis de impiedad y de misantropía es siempre el mismo, casi el único personaje de Byron; es el Giaour, Lara, el Corsario, Childe-Harold y Sardanápalo; es el hombre aburrido, desesperado y blasfemo en mayor ó menor grado. En el *Manfredo* llegan al grado último esta pasion y este carácter: así es que Goethe, hablando de él le llama la *quinta esencia del más prodigioso ingenio, nacido para atormentarse á sí propio*. La filosofía del *Manfredo* es la del libro de Job, la del *Eclesiastés*, y la del *Kempis*, menos la creencia religiosa. En cambio, háy tal viveza, tal insistencia en presentar en este drama ciertas supersticiones, que no parece sólo que el poeta apela á ellas para máquina ó adorno de su obra, sino casi que las tiene por verdad. Hasta los dos versos del *Hamlet* de Shakspeare, que sirven al poema de epigrafe, se diría

que son traídos seriamente en corroboracion de la certeza de aquellas supersticiones.

There are more things in heaven and earth, Horatio,  
Than are dreamt of in your philosophy.

En efecto, Manfredo es un señor que vive en un castillo de los Alpes, en medio de las nieves y de los ventisqueros, que aborrece y desprecia á todo sér viviente, y que para buscar una sociedad más aristocrática y digna de él se ha entregado á la mágia, y conversa familiarmente con los poderes sobrenaturales, con los espíritus de la tierra, del aire y de la luz, con las ninfas de las aguas y con el mismo genio del mal, Arimanes, á cuyo palacio acude en persona para evocar á un muerto, acordándose de que Saúl hizo lo propio la víspera de la batalla de Gelboé, y de que Pausanias, rey de Esparta, evocó á la bella Cleonice, su querida y su víctima, para que le revelase su destino.

Manfredo, además de su desesperacion vaga, tiene un motivo más concreto y determinado de dolor. Entre todos los individuos de su especie no ha encontrado más que uno que merezca su amor, y le ha amado y le ha dado muerte, no sangrienta, sino secando su corazón. Este amor de Manfredo, que se designa en el poema con el nombre de Astarte, y cuya sombra aparece dos veces, se ignora si es su hermana; pero en ciertos momentos, en medio de lo nebuloso y sombrío del poema, cree percibir el lector que es su hermana. Manfredo ha muerto á alguien, causando con este ase-

sinato mucho dolor á Astarte: pero tampoco se acierta bien á distinguir si el muerto es el marido de Astarte, ó su padre, ó quién. Todo es profundamente misterioso y velado en el poema y en su principal personaje, lo cual aumenta como en Lara, ó más aún que en Lara, las proporciones gigantescas y un tanto cuanto diabólicas del héroe, y la sospecha de si este héroe será el autor mismo. Goethe llegó á creer en esto último, hasta el extremo de afirmar que Astarte era una dama florentina á quien Byron había amado, y á cuyo marido había muerto. Pero todos estos hechos humanos, por extraordinarios que sean, importan poco en comparacion de los *hechos ideales* que pasan en lo profundo de la conciencia de Manfredo, y que el poeta trata de revestir de una forma sensible. El Manfredo es el poema más *subjetivo* y más metafísico que se ha escrito jamás. Hay momentos en que todo el drama no parece sino una pesadilla, una fantasmagoría sublime que pasa en el fondo del alma.

Manfredo lucha, como Prometeo, contra los dioses y contra el destino; pero sin esperanza de redencion. Manfredo rompe las cadenas, desprecia los conjuros, arrostra las maldiciones de los espíritus, y no siente ningun natural temor; el infierno que está fuera de él no le causa espanto: pero Manfredo lleva en su alma su propio infierno, y su alma no puede morir. No hay para Manfredo más infierno que su alma misma. Manfredo es el Prometeo *subjetivo* de la desesperacion. Las cadenas de diamante, el buitre que le devora los hígados, el Poder, la Violencia y Vulcano, son

creaciones de su espíritu espantoso y fecundo en darse tormento á sí mismo. Muere Manfredo, y él y su dolor se desvanecen y pasan de la tierra y de la vida; pero persisten en lo futuro con eterna persistencia ultramundana. Singular y horrible teología, y no menos singular y horrible filosofía es la de Byron en este poema. Es la apoteosis del espíritu humano, que niega todo sér superior; pero que él mismo se castiga y se atormenta en pago de sus malos pensamientos, constituyéndose en juez de ellos, inapelable é involuntario. El espíritu, despues de la muerte del cuerpo,

ningun color conserva  
de pasajeras y exteriores cosas;  
pero se absorbe en el dolor y el goce,  
ambos nacidos ya de la conciencia  
que de sus propios méritos adquiere.

Tal es, en resumen, el monstruoso aunque por otra parte bellissimo poema, que ha traducido el jóven Alcalá Galiano con notable fidelidad. Los versos, aunque no son muy sonoros, conservan el carácter extraño y selvático de los del original; y de la lectura de toda la traducción se saca, á nuestro ver, una idea exactísima de lo que es y vale el poema en lengua inglesa.

Recomendamos á nuestros lectores la adquisicion de este trabajo del Sr. Alcalá Galiano, á quien se debe estimular para que siga traduciendo con igual ó mayor acierto las obras del más gran poeta inglés de la edad presente.

DE LA PROTECCION DE LOS GOBIERNOS Á LA LITERATURA  
DRAMÁTICA. — CON MOTIVO DE UNA PROPOSICION DE LEY  
DEL SEÑOR BARRANTES.

El celo por el bien y prosperidad de la literatura es digno de la mayor alabanza; nosotros se la tributamos al Sr. Barrantes: pero no podemos prescindir de hacer algunas observaciones sobre su proyecto, reservando el extendernos más para cuando el proyecto sea apoyado y discutido.

No somos rígidos observadores de las máximas de los economistas; no negamos que los Gobiernos puedan fomentar y dar aliciente á ciertas profesiones ó industrias, ofreciendo premios á los que más en ellas se adelanten y sobresalgan. Todo esto lo concedemos. Sólo no podemos conceder que la profesion de autor dramático sea la más merecedora y la más necesitada de proteccion, y la que un Gobierno puede proteger con menos exposicion de equivocarse.

No es la más merecedora de proteccion, porque, aún suponiendo que el teatro deba ser una escuela de costumbres, y no un mero pasatiempo y honesto recreo, todavía las ciencias morales y políticas y las naturales y exactas han de tener mayor, ó por lo menos, igual

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

importancia que los dramas y las comedias. Por este lado es evidente que un buen tratado de moral ó de medicina, una buena disertacion filosófica, un estudio matemático, una Memoria sobre algun punto de historia natural ó un compendio de agricultura, importan más á la república que la comedia ó el drama más *asermonado* de cuantos puedan escribirse, salvo en lo tocante á la diversion y esparcimiento del ánimo, que los últimos pueden y suelen proporcionar. Pero un Gobierno no debe tener en cuenta la amenidad y diversion que proporcione una cosa para premiarla. Objetos hay que divierten á unos y fastidian á otros, y no es razon que vaya á pagar el Gobierno lo que á él le divierte, imaginando que ha de ser para todos los hombres igualmente divertido. Fundándose en esto solo, seria una crueldad distraer algo de los fondos públicos, suministrados en su mayor parte por gente que casi nunca ó rara vez va á la comedia, y cuando va no se divierte, para que se diviertan más y mejor los que á la comedia suelen ir.

Cierto es que la literatura da gloria, y que á un pueblo no le debe doler el pagar su gloria cuando es rico. Pero entonces, ¿por qué esta distincion en favor de la poesia dramática? ¿Por qué no se pagan tambien y se premian la poesia lirica, la épica, la didáctica, las novelas, las artes del dibujo, la teología, la filosofia, la oratoria sagrada, la forense, la parlamentaria, *e cosi via discorrendo*? Para ser justos, ya que tratamos de dar mil duros á cada autor de las doce mejores obras dramáticas que al año se escriban, es menester que de-

mos mil duros á cada autor de los doce mejores discursos parlamentarios que se pronuncien, mil duros á cada autor de los doce mejores sermones que se prediquen, mil duros á cada autor de los doce mejores cuadros que se pinten, mil duros á cada autor de las doce mejores estatuas que se esculpan, mil duros á cada autor de las doce mejores odas que se compongan, mil duros á cada autor de las doce mejores novelas que se inventen, y de las doce mejores historias que se refieran, y de los doce mejores estudios críticos ó filosóficos, ó políticos, ó morales, ó religiosos que se hagan, llegando así hasta consumir todo el presupuesto, sin que haya bastante con él para premiar á cuantos por cualquier trabajo, con su erudicion, con su habilidad ó con su ingenio, dan ó se supone que dan gloria á la patria. Y no se nos diga que nos valemos de un sofisma, pues para esto seria necesario sustentar que un autor de comedias da más gloria á su patria que un orador, que un poeta lirico, que un pintor, que un filósofo, que un moralista ó que un teólogo; seria necesario sustentar que, para contribuir á la aparicion de nuevos Calderones, Lopes y Moretos, se pueden y deben gastar 12.000 duros anuales, y no se pueden y deben gastar para producir nuevos Cervantes, Canos, Sotos, Suarez, Granadas, Leones, Murillos, Marianas, etc. etc. etc.

En España se lee poquísimo, pero hay notable aficion á divertirse: por manera, que no sólo los amantes de la literatura, los discretos y los eruditos, sino tambien el más indocto vulgo, contribuyen al bienestar y

al lucro del escritor de comedias, el cual, con tal que sea algo estimado del público y tenga una regular fecundidad, se forma pronto una renta superior al sueldo de un consejero de Estado, de un capitán general ó de un ministro, en suma, de uno de los primeros dignatarios y personajes. En cambio el filósofo, el erudito, el naturalista y el matemático, como no tengan otra industria más mundana y rastrera para ganarse la vida ó alguna posición oficial que les dé medios de mantenerse, se mueren irremisiblemente de hambre con todas sus filosofías, su erudición, sus matemáticas ó su conocimiento profundo de las leyes de la vida y de la muerte.

Una comedia ó un drama se escriben en uno, dos ó tres meses, y no necesita el autor sino papel y tinta y pluma para escribirlos: así es, que aunque el autor dramático gane poco ó no gane nada, sólo pierde ó malbarata su trabajo y un corto espacio de tiempo; pero el sábio necesita muchos libros, instrumentos costosos á veces, y largas vigiliass y profundos estudios preparatorios; y quizás necesita además emprender penosísimas y dispendiosas peregrinaciones, registrar archivos, hacer sacar copias de documentos, recoger ó adquirir colecciones de estos ó de aquellos objetos, y valerse de otros medios que le obligan á gastar en balde el tiempo, el dinero y la paciencia. Por eso hay tan pocos sábios y tantos escritores dramáticos malos ó buenos. ¿Por qué, pues, se ha de proteger la literatura dramática y no la ciencia?

El tercer inconveniente que nacería de esta protec-

ción sería el prestarla de un modo poco atinado.

Si el sentimiento moral predominaba en la junta calificadora, podría muy bien acontecer que premiase las doce obras más santas y buenas, aunque, literalmente consideradas, más tontas. Lamentable cosa es, y nos da pena confesarlo; pero no son á menudo las obras mejores las más morales. En el siglo brillante de Leon X, se llevó con razón el lauro de la poesía Ludovico Ariosto, á quien llama Cervantes *cristiano poeta*, pero que no lo es, ni por la moral, ni por el desenfado irreligioso con que trata ciertos asuntos. Si en tiempo de Luis XV de Francia se hubiese tratadõ de premiar la mejor novela, indudablemente que el *Cándido* de Voltaire se hubiera llevado la palma, salvo el poder ahorcar ó quemar vivo al autor, despues de premiado, por inmoral ó por impío. Y en nuestra misma España, si en el siglo xv se hubiera querido premiar la mejor obra de imaginación, la desenfrenada y obscena *Celestina* hubiera tenido que llevarse el premio, á ser justos los jueces. Pero prescindamos de esta dificultad, y supongamos por un instante que el mérito literario y la moralidad están en razón directa en todas las obras que han de ser juzgadas: ¿es tan fácil acaso justipreciar el mérito literario? Siguiendo la corriente de la opinión pública, se exponen los jueces á confirmar y á sancionar el capricho de un momento, tal vez la depravación del gusto. Separándose de esta corriente, se exponen á ser censurados del modo más acerbo, y lo que es peor, á premiar obras atildadas, académicas, conformes á las reglas, pero faltas de espíritu y de brio, antipáticas, y tal vez

inferiores á la farsa más absurda y grosera, cuyo autor al menos ha tenido el tino y el talento de complacer al público, primer fin del poeta dramático, que debe ser eminentemente popular.

Por todas las razones antedichas, razones que explicaremos y completaremos si el proyecto de ley llega á discutirse, juzgamos dicho proyecto poco acertado, aunque concebido con las más nobles intenciones y en virtud de un amor desinteresado á las letras, que honra en extremo al Sr. Barrantes.

Los 12.000 duros que, segun el proyecto, se han de dar á las empresas que representen mejor y con más brillante aparato los dramas, nos parecen un gasto menos justificado todavía. El público que disfrute de las magnificas decoraciones, de la rica *mise en scène*, y de la habilidad de los más excelentes actores, es quien debe directamente pagarlos.

De los actores y de los autores dramáticos puede ser y es el público Mecenas, y no han menester ni conviene que tengan otro.

Si el Sr. Barrantes quiere que la literatura sea protegida, presente otra proposicion de ley en favor de aquellos ramos que sin proteccion no pueden florecer ni dar fruto; de aquellos ramos que no puede, ni quiere, ni debe pagar el vulgo, y que sin embargo, es conveniente y honroso que florezcan en todo pais civilizado.

Esos 24.000 duros, que desearia el Sr. Barrantes gastar en el teatro, se podrian dar á las tres Academias de ciencias morales y políticas, de ciencias exactas y naturales y de la historia, para que ofreciesen más pre-

mio y estímulo que hoy á trabajos utilísimos, que sin este incentivo y apoyo no se pueden hacer, y que importa mucho que se hagan. El espíritu de nuestros antiguos y grandes filósofos duerme ignorado en el centro de empolvados *in-folios*, de donde se pudiera desentrañar; de nuestros estadistas, jurisperitos y teólogos, se sabe tambien harto poco, pasando España por una nacion mucho menos científica de lo que ha sido; nuestros sábios rabinos y musulmanes, cuyas teorías una vez bien conocidas, podrian servir para completar y aun para hacer posible una buena historia de la filosofía en la edad media, no han sido aún debidamente analizados y juzgados; el estudio de las ciencias naturales está descuidadísimo en España, y debiera fomentarse; en nuestra historia hay mil puntos importantísimos, inexplorados aún; y hasta en nuestra bibliografía hay que hacer mucho. A todo esto que el público no puede pagar ni premiar, debieran prestar pábulo las tres mencionadas Academias, disponiendo certámenes, proponiendo premios, y dando ocasion á que se escriban libros, que no se escribirán de otra suerte, y que, una vez escritos, honrarán nuestro saber y nuestras cultura.

Por ejemplo, así como Remusat ha hecho en Francia un estudio sobre Pedro Abelardo, podria hacerse en España un estudio sobre Lulio, ó Vives, ó Huarte ó Servet. Así como Renan se ha adelantado á escribir sobre Averroes, pudiera escribirse en España de Jehuda-ben-Levi ó de Maimonides: pudiéramos en suma, reivindicar muchas glorias, que los extranjeros se atribuyen.

buyen, reconstruir el pasado científico de España, caído en olvido ó en menosprecio, y preparar una grande y nueva eflorescencia científica, que correspondiese y compitiese con nuestro valer literario y poético que nadie niega.

Someramente tocamos aquí este inmenso asunto, en el cual nos dilatarémos acaso en otra ocasion, sobre todo si el Sr. Barrantes y otros jóvenes diputados, amantes de las letras y de las ciencias, hacen justicia á la rectitud de nuestras observaciones, y las adoptan en parte, para que se logre un propósito tan bueno, dejando el teatro, como á toda literatura popular, encomendado al público, que es y debe ser siempre su único Mecenas.

Sólo añadirémos, que cuando los mezquinos premios, que ofrece y da la Biblioteca Nacional, han producido ya obras de tanto mérito como la publicada del señor Barrera y la próxima á publicarse del Sr. Aguiló; y cuando de los premios, mezquinos tambien, de la Academia de la historia, se ha originado la importante y eruditísima Memoria de los Sres. Oliveres sobre la *Munda Pompeyana*, bien se pueden esperar más opimos frutos, si se prestan á estos estudios sérios mayor proteccion y aliciente.

### LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

---

La presencia en esta córte de dos catedráticos dignísimos de la mencionada Universidad y el propósito formado por aquel cláustro, y que deben cumplir ellos, de presentar á la Reina una exposicion, suplicándole se digne restaurar y acrecentar tan célebres estudios, nos mueven á tomar la pluma para coadyuvar en lo que nos sea posible á este buen deseo, procurando excitar en su favor la opinion pública, el celo del señor Ministro de Fomento y su amor á las glorias literarias de España.

La Universidad de Salamanca, decaída de su esplendorosa elevacion, no por culpa de sus maestros, sino por incuria y abandono de nuestros gobernantes, apenas se puede decir que tenga en el día de hoy una sola facultad completa, la de derecho, y en vez del sinnúmero de estudiantes que en lo antiguo frecuentaba sus aulas, sólo cuenta ya de ciento á ciento cincuenta matriculados. En tal extremo de abatimiento ha venido á caer la escuela que tantos Papas y tantos Concilios generales han declarado una de las cuatro principales del